

## ***Jo' Bulani*, de Guillermo Rueda Lancharro (1º ESO)**

Nací en una pequeña aldea de Nueva Delhi, donde los niños no tienen niñez y desde que tienen la edad suficiente para trabajar las grandes empresas los utilizan como mano de obra barata.

Pues sí, yo nací allí, en esa aldeíta.

Unas manos pequeñas, y endurecidas por las largas horas de trabajo, me trajeron a este mundo. En una fábrica que la marca Adidas tiene en esa ciudad india.

Nos fabricaban con cuero, caucho y muchas puntadas... Y durante esas largas jornadas, recuerdo el cantar de aquellos niños que con tanto mimo nos trataban.

Un día, llegó un enorme camión que venía a recogernos a mis compañeros y a mí. Metieron a todos en cajas agolpados, menos a mí.

Durante el viaje, las personas que nos cargaban y descargaban se referían a mí como el "especial", el "elegido". Yo no entendía por qué, pero más tarde supe lo que me hacía tan especial.

El 4 de diciembre de 2009 fui presentado en Ciudad del Cabo, Sudáfrica, por el exfutbolista David Beckham. Me presentaron como Jo'bulani, el balón diseñado para disputar la final de la Copa Mundial de Fútbol de 2010 que disputaría en África.

Ahora comprendía el porqué de mi color especial (dorado), y por qué me habían bautizado con un nombre distinto al del resto de balones.

Iba a ser el balón oficial de la final de una Copa del Mundo de Fútbol... el sueño de cualquier balón cuando lo fabrican...

Y llegó el día. El tan esperado día. Un 11 de julio de 2010.

La final la disputarían las selecciones de Países Bajos y España.

Las gradas rugían mientras sonaban los himnos de ambas aficiones. Un jugador me sostenía entre sus manos y, de vez en cuando, me acariciaba suplicándome que les diera suerte y pudieran llevarse la Copa a su país.

Y llegó el momento, sonó el silbato del árbitro y el partido comenzó.

El encuentro fue muy disputado. Me hacían rodar de una portería a otra.

Me sentía importante porque todos querían cogerme y lanzarme.

Pero no fue hasta el minuto 121 cuando un jugador muy hábil, de poca estatura pero de mucha destreza, consiguió meterme en la portería contraria. Era un tal Iniesta.

Con la alegría del momento, todos los jugadores de la selección de España vinieron a acariciarme y besarme y, de algún modo, agradecerme por haber entrado en la portería holandesa.

Y sonó el pitido final del partido, y ese fue el comienzo de mi nueva vida.

Con la alegría de haber ganado la final, el capitán de la selección española me golpeó y me lanzó a la grada para agradecer a su afición el apoyo que le había dado durante todo el partido.

Y sí, decididamente, ese fue el comienzo de mi nueva vida.

Cuando me lanzaron, fui a parar a manos de un pequeño seguidor de la que llamaban “la Roja”.

Un chico de unos ocho años, que al ver la suerte le había regalado el balón de la final que su selección, España, había ganado en Sudáfrica, me apretó contra su pecho como si yo fuera su sueño cumplido.

Y fue así como dejé el país que me hizo famoso y me embarqué en un largo viaje en avión hacia España, más concretamente hacia una ciudad que, por lo visto, vive y siente mucho el deporte del balompié. Mi nuevo destino era Sevilla.

A partir de ahora, ya no habría más fotos, más periódicos, ni entrevistas. Pero tenía la sensación de que el cambio de vida iba a ser para mejor.

Y así fue. Al principio sólo me veían como un trofeo que conservar como recuerdo de la final. Me tenían en una vitrina de la habitación de Leo, el chico que logró atraparme entre sus manos aquel día de la final.

Pero pasado un tiempo, mi amigo Leo decidió convertirme en su compañero de juegos.

Todos los días me sacaba al parque para jugar con sus amigos del barrio.

Pasábamos toda la tarde una portería a otra. Rodar y rodar y disfrutar del fútbol con aquellos chicos que jugaban como si se tratara de una competición de primera.

Así fueron pasando los años. Partidos y más partidos. Jornadas interminables de encuentros de Leo y sus amigos.

Pero llegó el día en que yo era demasiado viejecito para ser chutado entre los palos. Ya estaba muy deteriorado y desinflado. Había perdido mi color dorado que en su día me hizo tan especial, y ya casi no se leía mi nombre.

Sin embargo, Leo no quería deshacerse de mí. Me quería demasiado como para simplemente tirarme a la basura.

Su madre se quejaba de mi aspecto feo y envejecido.

Fue entonces cuando Leo imaginó cómo reutilizarme. Él tenía un perro al que adoraba y con el que solía salir a pasear. Se llamaba Yacky.

¿Y qué mejor forma de conservarme? A partir de ese momento me convertí en el mejor compañero de Yacky, su juguete preferido.

Mi vida había dado para mucho. Comencé siendo Jo'bulani, el balón de la final de Sudáfrica 2010. Luego, pasé a ser el balón de mi amigo Leo. Y, por último, me convertí en el compañero de juegos de un labrador llamado Yacky.

Me siento muy afortunado de la vida tan maravillosa que he tenido. Me considero el balón con más suerte del mundo y espero seguir rodando mucho tiempo más.